

CLARIBALTE Y SUS LIBROS: 500 años

Karla Xiomara Luna Mariscal
Aurelio González
Axayácatl Campos García Rojas
Editores



CLARIBALTE Y SUS LIBROS: 500 AÑOS



CÁTEDRA
JAIME
TORRES
BODET

CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

CLARIBALTE Y SUS LIBROS: 500 AÑOS

Karla Xiomara Luna Mariscal
Aurelio González
Axayácatl Campos García Rojas
Editores

Con la colaboración de
Nashielli Manzanilla Mancilla



EL COLEGIO DE MÉXICO

863.3

F3634c

Claribalte y sus libros : 500 años / Karla Xiomara Luna Mariscal, Aurelio González, Axayácatl Campos García Rojas, editores ; Nashielli Manzanilla Mancilla, colaboradora. – 1ª ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2022.

372 p. : il. ; 22 cm. – (Cátedra Jaime Torres Bodet)

ISBN 978-607-564-360-1

1. Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo, 1478-1557.
Claribalte – Crítica e interpretación 2. Claribalte – Personajes.
3. Libros de caballerías – Historia y crítica. I. Luna Mariscal, Karla Xiomara, ed. II. González, Aurelio, ed. III. Campos García Rojas, Axayácatl, ed. IV. Manzanilla Mancilla, Nashielli, colab.
V. Ser.

Primera edición, 2022

DR © El Colegio de México, A.C.
Carretera Picacho Ajusco núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN 978-607-564-360-1

Impreso en México

ÍNDICE

Introducción, 11

El *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo y
los designios de la casa de Austria:
“e quiso comprender en sí los onores espirituales”, 15
ALBERTO DEL RÍO NOGUERAS

Las formas de los comienzos: del *Claribalte* a la *Historia general...*
de Gonzalo Fernández de Oviedo, 45
VALERIA AÑÓN

La nigromancia de Oviedo. El conocimiento oculto del autor
en el *Claribalte* de Gonzalo Fernández de Oviedo, 61
AURELIO IVÁN GUERRA FÉLIX

El *Claribalte*: notas en torno a lo maravilloso, 81
KARLA XIOMARA LUNA MARISCAL

**

Reyes, príncipes y nobles en el *Claribalte*, 93
MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN

La figura del caballero en *Claribalte*, 109
AURELIO GONZÁLEZ

Visión humanista del caballero en *Claribalte*:
una pragmática de príncipe. 121
JUAN PABLO MAURICIO GARCÍA ÁLVAREZ

“Era persona muy sabia”. El *Claribalte* y sus sabios, 165
NIEVES RODRÍGUEZ VALLE

La lengua del gigante en el *Claribalte*, 181
AXAYÁCATL CAMPOS GARCÍA ROJAS

La vida palaciega en *Claribalte*, 195
JOSÉ JULIO MARTÍN ROMERO

La visión del torneo en el *Claribalte*, 215
NASHIELLI MANZANILLA MANCILLA

Flora de cristal, tela y tinta. La transmisión del amor a través de
las flores en el *Claribalte* y otros libros de caballerías. 229
ANDREA FLORES GARCÍA

La enfermedad del amor y el agua encantada de Celacunda:
alivio transitorio en el *Clarián de Landanís*, 253
LUCILA LOBATO OSORIO

El personaje de Morgana en el Libro segundo
del *Espejo de caballerías*, 273
ROSALBA LENDO

La maldad inmotivada de Arcaláus, 291
CARLOS RUBIO PACHO

“Y con aquesto haze fin el primero libro, o parte, de la Historia
y crónica del emperador don Félix”:
finales y continuaciones posibles
en los libros de caballerías, 305
DANIEL GUTIÉRREZ TRÁPAGA

Reliquias de santos y piedras de extraña virtud
en algunos libros de caballerías, 323
MARÍA GUTIÉRREZ PADILLA

La recepción negativa del *Amadís* en la novelística
de los siglos XIX y XX:
el caso de Larra y Hugo Hiriart, 335
JULIO ENRIQUE MACOSSAY CHÁVEZ

Bibliografía, 345

LA VIDA PALACIEGA EN *CLARIBALTE*

José Julio Martín Romero

Universidad de Jaén

COMPORTAMIENTO EN PALACIO

A lo largo de su intensa vida, Gonzalo Fernández de Oviedo conoció de primera mano la corte, tanto sus normas —que tan bien supo plasmar en su *Libro de la cámara real del príncipe don Juan*— como sus peligros —las inquinas y las luchas por conseguir una parcela de poder—; mucho de ello contó en sus conocidas *Batallas y quincuagenas*, pero también lo reflejó en *Claribalte*, la única obra de ficción que compuso, un peculiar libro de caballerías que ayuda, como afirmó Avalor-Arce, a “trazar el perfil ideológico de su autor”.¹ En esta obra el peso de la errancia caballeresca se minimiza frente a los acontecimientos ambientados en diversas cortes.² De hecho, da la sensación de que *Claribalte* funciona como un auténtico manual de comportamiento cortés. En el prólogo, Fernández de Oviedo indica a su dedicatario el interés doctrinal de su obra al hablar de “las lecciones que deven tener los cavalleros e aun para aviso de

¹ Juan Bautista Avalor-Arce, “El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, alias de Sobrepeña”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 1 (1972), p. 143.

² La importancia de lo cortesano ha sido señalada en varias ocasiones, véase Alberto del Río Noguera, “*Claribalte*” de Gonzalo Fernández de Oviedo (Valencia, Juan Viñao, 1519). *Guía de lectura*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001, en especial p. 8; y Stephanie Merrim, “The Castle of Discourse: Fernández de Oviedo’s *Don Claribalte* (1519)”, *Modern Language Notes*, 97 (1982), pp. 329-346.

muchos trances de honra en que tropieçan los que d'ella se precian”,³ “trances de honra”, explica el autor, que han de entenderse no sólo como aquellos vinculados con los hechos de armas sino también a los relativos a las cuestiones sentimentales: “los rieptos e hechos de armas e amorosos ejercicios” (Prólogo, p. 3).

Hay que recordar que durante el reinado de los Reyes Católicos se había fundamentado en los reinos hispánicos lo que se ha dado en llamar sistema de corte, que se apoyaba en una fuerte autoridad regia que funcionaba como cúspide del edificio organizativo, que concedía y retiraba favores, y, frente a lo sucedido durante reinados anteriores, había logrado domesticar la nobleza; los nobles habían pasado de ser levantiscos a afanarse por conseguir la gracia y favores de los monarcas mediante la realización de servicios.⁴ Para ello resultaba fundamental conocer las normas de comportamiento cortesano, que no eran sino la continuidad de la cortesía medieval, la forma de comportamiento de la clase dominante, que había de ser imitada por aquellos que pretendieran mantenerse en el entorno regio.⁵

El conocimiento de esas pautas de comportamiento fue imprescindible para un nuevo grupo social que comenzó a florecer bajo los Reyes Católicos: los letrados, que desempeñaban funciones administrativas para los soberanos y resultan fundamentales para el edificio organizativo que pretenden construir. Aunque buena parte de los que alcanzaban esos oficios eran nobles, lo cierto es que mediante esos cargos muchos otros accedieron a la nobleza o, aquellos que pertenecían a los escalafones más bajos de ella, ascendieron.⁶ En tanto que para la vida en palacio de estos resul-

³ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, ed. de Alberto del Río Nogueras, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001, Prólogo, p. 3.

⁴ José Martínez Millán, “La corte de la monarquía hispánica”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 28 (2006), pp. 17-61.

⁵ José Julio Martín Romero, “Pensamiento caballeresco y pensamiento cortesano en el tránsito hacia el Renacimiento”, *Tirant*, 20 (2017), pp. 183-198.

⁶ Miguel Ángel Ladero Quesada, *La España de los Reyes Católicos*, Madrid: Alianza, 2014, pp. 218-219.

taba necesario el conocimiento del protocolo, la etiqueta, así como de los procedimientos legales, todo ello cobró gran importancia y explica la aparición de obras sobre estos temas, como, por ejemplo, el citado *Libro de la cámara real* de Fernández de Oviedo.

Este ambiente histórico explica la relevancia que en los reinos hispánicos adquiere la cortesanía, lo que arroja nueva luz sobre esa recuperación de lo caballeresco y cortés en la Península Ibérica del cuatrocientos que continuará en la centuria siguiente.⁷ Para cuando Fernández de Oviedo redacta su *Claribalte*, estaban en boga los libros de caballerías con sus personajes de modales aristocráticos y cortesanos, que eran percibidos como signo de la clase superior.⁸ A buen seguro el carácter de dechado de cortesía de estos libros atrajo especialmente a Fernández de Oviedo. Carrillo Castillo ha señalado el “cortesianismo” militante de este autor, quien, frente a la postura de Antonio de Guevara, defiende que la corte es el lugar ideal para adquirir buenas costumbres; así lo expresó en sus *Batallas y quincuagenas*: “Algunos son de la opinión que en palacio ay mal aparejo para esto, yo soy de contrario parecer en especial los que en la Corte Real entran temprano”.⁹ En esa cita el autor se refiere a aspectos claramente vinculados con lo caballeresco, la nobleza y el arte de la guerra:

Allí los generosos son industriados y detenidos de tal manera que demás de su buen natural se mejora y aumentan en todo lo que en nobleza y militar disciplina compete y tiene conversación con los mejores del reyno a los quales imitándose hagan semejantes en sus obras.¹⁰

⁷ Roger Boase, *The Troubadour Revival. A Study of Social Change and Traditionalism in Late Medieval Spain*, London: Routledge & Kegan Paul, 1978.

⁸ José Julio Martín Romero, “Biografía heroica y concepto de nobleza en *Amadís de Gaula* y otros libros de caballerías”, *La Corónica*, 40:2 (2012), pp. 231-257.

⁹ Biblioteca de la Universidad de Salamanca, ms. 359, fol. 190r, *apud* Jesús Carrillo Castillo, “Cultura cortesana e imperio: el *Libro del blasón* de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Locus Amoenus*, 4 (1998), p. 140.

¹⁰ *Idem*.

Junto a ese aprendizaje de la “militar disciplina” también habla de otro aspecto propio del caballero, la buena educación, el saber estar y el comportamiento refinado propio de una persona de clase alta educada en la corte: “todos los primores y buena crianza en la corte están”.¹¹ Por tanto, no es de extrañar que Claribalte sea constantemente alabado como cortesano modélico. Así, el caballero logra destacarse en cada una de las cortes que visita, en ocasiones tan sólo por su desenvoltura en fiestas y ceremonias palaciegas.

Claribalte es consciente incluso de las diferencias de protocolo en diversos países; de esa forma, cuando llega a Francia “procuró de ponerse cerca de las damas por ver la manera d’ellas e de los cavalleros cortesanos que allí avía” (III, p. 9). Se dedica a analizar los modos de la corte con el fin de no desentonar, de ser admitido y asimilado por ella. De igual manera, cuando viaja a Inglaterra se preocupa por conocer el protocolo y las normas de comportamiento: “preguntó muy por estenso la manera de la corte e las costumbres de los cavalleros e gente principal” (IV, p. 11).¹² El hecho de que este héroe dé tanto valor a la ceremonia cortesana revela el que el propio Fernández de Oviedo le concedía en su realidad cotidiana.¹³

¹¹ Biblioteca de Palacio Real, ms. II-2604, fol. 38, *apud* Castillo Carrillo, art. cit., p. 139.

¹² Un rasgo de esta cortesanía es su dominio de diversos idiomas, véase Axayácatl Campos García-Rojas, “‘Ser muy bien hablado en diuersas lenguas’: el poliglotismo como arma cortesana en los libros de caballerías (*Claribalte*)”, en Aurelio González, Lillian von der Walde y Concepción Company (eds.), *Temas, motivos y contextos medievales*, México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana, 2008, pp. 17-30.

¹³ Las alusiones a la cortesía resultan demasiado insistentes como para no considerarlas significativas: el héroe “es el más lindo e dipuesto e el más cortés e más grave en sus palabras” (VIII, p. 16), “el Cavallero de la Rosa los rescibía con tanto amor e cortesía que todos les quedavan obligados y espantados” (VIII, p. 17), “el rey e la reina e la princesa se levantaron e le hizieron tan gran cortesía como si fuera rey o príncipe” (VIII, p. 17), “el rey e la reina e la princesa holgaron mucho de ver su cortesía” (VIII, p. 18). Es interesante comprobar que los miembros cercanos al rey consideran inusitado ese trato a Claribalte: “Todos los grandes e señores que allí se hallaron s’espantaron

La conversación y la forma de expresarse son rasgos diferenciadores de quienes pertenecen a una clase superior frente a los villanos.¹⁴ La cortesía, entendida como característica propia de la aristocracia, se revela siempre en las palabras de los nobles, que han de mostrar en todo momento autocontrol, dominio de sí mismos y una humildad (aunque sea en muchos casos puramente retórica) frente al interlocutor. Resulta evidente la actitud humilde de Claribalte cuando, tras haber derrotado al Caballero Bravo de Irlanda, minimiza su éxito y alaba a su contendiente: “loando al Cavallero Bravo e a su esfuerço que no su persona misma” (XX, p. 53). Hay que recordar que Oviedo en sus *Batallas y quincuagenas* había descrito el comportamiento en la corte de la siguiente manera:

Entre los mismos señores y cavalleros mucho es cosa de ver y de notar su conversación y afabilidad y la manera y respeto que tienen los unos a los otros y ver cuánto estudia cada cual por ser más humano y cortés que el otro para ser más bien quisto con su rey y con todos.¹⁵

Esto puede aplicarse al comportamiento de Claribalte.¹⁶ Si la cortesía es el arte de saber tratar al otro, la verbalidad ha de formar parte obligatoriamente de ella, lo que explica la insistencia en este aspecto: se

de tanta cortesía” (VIII, p. 17) e incluso preguntan a su rey “¿qué cortesía le hizierades a este cavallero si fuera rey?” (VIII, p. 17), la explicación se encuentra en otro elogio del monarca a Claribalte: “mucho cabe en vós que se os haga toda cortesía por vuestra persona” (VIII, p. 18).

¹⁴ Véase José Julio Martín Romero, “Biografía heroica”, art. cit., pp. 231-257; y “Aproximación a la cortesía verbal en los libros de caballerías”, *Bulletin Hispanique*, (en prensa).

¹⁵ Biblioteca de Palacio Real, ms. II-2604, fol. 38, *apud* Castillo Carrillo, art. cit., p. 139.

¹⁶ La humildad de Claribalte lo revela como noble, por ello, se indica que, aunque todos lo tratan como si fuera un príncipe, sobre todo al ver que así lo hacen sus soberanos, “No dexava él por esto de ser tan humilde e bien criado con todos, como si fuera el más baxo gentilhombre de aquel reino e assí era tenido en más” (XIV, p. 34).

indica que el personaje es el “más grave en sus palabras” (VII, p. 16), que habla “con mucha cortesía e reposo” (VIII, p. 17), e incluso el rey de Inglaterra lo considera “uno de los mejores e más bien hablados e cortes cavalleros del mundo” (XIV, p. 34).

Otro rasgo de la cortesía verbal es la capacidad de entretener o divertir mediante la conversación, esto es, las burlas y las palabras de placer a las que se alude en alguna ocasión. Así, cuando el Gran Sacerdote visita a Claribalte da muestras de buen conversador cortesano: “Después que un rato ovieron hablado en burla e otras cosas, porque el sacerdote era muy gentil cavallero y de muy buena conversación” (XX, pp. 48-49); y vuelve a insistirse en ese aspecto de la conversación placentera poco después también entre estos mismos personajes: “Y con estas palabras e otras de burlas e plazer se sentaron estos señores a comer” (XXII, p. 56). Esas burlas son los comentarios del Gran Sacerdote sobre el retraso de Claribalte: “Paréceme qu’el trabajo de las armas más da sueño que appetite al comer. El señor príncipe de Escocia e yo avemos esperado ya ha buen rato” (XXI, p. 55); en realidad, no se trata de un reproche, sino de una alabanza encubierta, pues ese “buen rato” lo han pasado rememorando una hazaña de Claribalte: “Y todo el tiempo avemos passado en acordarnos de cómo hizo Dios ayer vuestras cosas” (XXI, p. 55). El Gran Sacerdote se refiere a la victoria del héroe sobre el Caballero Bravo de Irlanda. El carácter cortesano resulta evidente en este elogio encubierto por un falso reproche por su falta de puntualidad.¹⁷ En definitiva, lo que empieza con una supuesta recriminación a la falta de puntualidad pasa a convertirse en una alabanza que, a su vez, concluye con una afirmación del afecto y cariño que le tienen el Gran Sacerdote y el príncipe de Escocia, sus interlocutores. Claribalte, como buen cortesano, desvía la conversación del elogio: “Señor, no ha sido todo sueño el tiempo que oy ha pasado por mí” (XXI, p. 55), y explica que se ha retrasado porque se dilató

¹⁷ Pero ese elogio es aún más evidente en su continuación, cuando habla de “vuestras cosas e las nuestras, que según lo que el príncipe os quiere e yo, señor, os amo, por propias las tenemos y así las reputamos como cosas de nuestra misma honra” (XXI, p. 55).

revisando sus armas. En realidad, se trata de una mentira, de un disimulo, puesto que, en efecto, esa noche había visitado a su amada Dorendaina, sobrina del Gran Sacerdote. De esa manera, las burlas que perciben sus interlocutores no coinciden con las que captan los lectores, que saben que efectivamente no ha pasado la noche durmiendo. Resulta evidente en este diálogo ese juego cortesano de palabras que “alguna vez pican” de las que hablaba Castiglione en su tratado y que tan agradables resultaban para amenizar el trato en la corte.¹⁸

La forma como se enfrenta verbalmente al fanfarrón príncipe de Armenia es otra muestra (aunque bien diferente) de cortesanía verbal. Cuando este, comprometido con el príncipe de Escocia, le dice a Claribalte que hubiera preferido luchar con él y que espera poder enfrentarse a él tras derrotar a su otro contrincante, el héroe le responde con una elegancia evidente:

Si salís con vitoria del trance que esperáis, que yo os acordaré lo que deseáis, que es probar vuestra persona con la mía. Pero si vencido fuéredes, yo nunca os responderé ni buscaré, porque yo no he de tomar armas contra vós si no fuese para defenderos. Porque según la costumbre de mi tierra, gran vituperio es a los nobles lidiar ni debatir con los rendidos (XIX, p. 48).

El ofrecimiento de ayudarlo se hace condicionado a una derrota que Claribalte espera que se dé. El príncipe de Armenia es consciente de los juegos verbales cortesanos, de la necesidad de hablar con medias pala-

¹⁸ Baltasar de Castiglione, *El Cortesano*, ed. de Rogelio Reyes Cano, Madrid: Espasa-Calpe, 1984, p. 180. Véase José Julio Martín Romero, “Aproximación a la cortesanía verbal”, art. cit. (en prensa). De hecho, la desenvoltura y otros rasgos cortesanos son propios también de otros personajes. Además de las referencias al Gran Sacerdote, del que como he indicado, se afirma que “era muy gentil cavallero y de muy buena conversación” (XX, pp. 48-49), de Laterio se nos informa de que era “desembuelto e audace en las cosas de palacio” e “de muy linda habla e afábile” (XIII, p. 27), y, por poner tan sólo un último ejemplo, de Fulgencia el propio Laterio afirma que era “de las más acabadas e más bien hablada” (XIV, p. 32).

bras para que una conversación tan tensa como esta no sobrepase los límites de lo civilizado: “Y con tales palabras, sonriéndose el uno e el otro e con la cortesía que entre tales personas se requiere, se apartaron” (XIX, p. 48). De esta manera, el héroe demuestra su superioridad, pues, “aunque sufrido e de gran cortesía, no comportava que ninguno ganasse honra en palabras ni hechos con él” (XIX, p. 47).

En esta ocasión el disimulo no está orientado a ocultar, sino a mostrar la “buena crianza” y la “buena conversación” que, como nobles, han de demostrar. Ya antes el héroe había sabido responder de forma adecuada a la soberbia de este personaje.¹⁹ Su capacidad para responder de forma adecuada fue notada por todos en la corte, que reconocieron su nobleza precisamente en sus palabras.²⁰ Este episodio (como tantos otros) presenta ese carácter ejemplar, sapiencial que mencionaba el autor en el prólogo en relación a los riegos de la corte.

Todo ello puede entenderse como avisos y modos para saber comportarse en la corte. Merrim consideró la obra incluso como un manual de conversación cortesana.²¹ Estoy de acuerdo, pero creo que el interés de Oviedo va más allá de lo puramente verbal para alcanzar todo tipo de comportamiento en la corte al ofrecer mediante su *narratio* toda una serie de ejemplos conductuales.²² Esto lleva al autor a dejar claro qué

¹⁹ “Tanpoco quisiera que vós os loáredes de vuestras hazañas, aunque las tengo por ciertas, porque siempre engendran sospecha y dan a entender qu’el cavallero que recuenta sus fechos no carece de soberbia” (XIV, p. 34).

²⁰ “Allí se trató bien d’él e todos los cavalleros que ende estaban le loaron mucho e repitieron en su alabanza todas las palabras que avía dicho a Arlont e les pareció que avía ganado onra en ellas” (XIV, p. 34).

²¹ “A showcase for style, a handbook of buen hablar”, Merrim, art. cit., p. 339.

²² Sobre el valor sapiencial en *Claribalte*, véase María José Rodilla León, “Códigos éticos y legales en *Claribalte*, de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en Lilia E. Ferrario de Orduna (ed.), *Nuevos estudios sobre literatura caballeresca*, Barcelona-Kassel: Reichenberger, 2006, pp. 165-180; y Marta Haro Cortés, “El *Claribalte* en la trayectoria literaria e ideológica de Fernández de Oviedo”, en José Manuel Lucía Megías y María Carmen Marín Pina (eds.), *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2008, pp. 385-403. Sobre la transmisión del saber en los libros de caballerías, José Julio Martín

actos de sus personajes, que no serían considerados cortesanos en su realidad histórica, sí eran considerados como tales en el lugar y el tiempo de su ficción; así, el que el héroe y su amada se besasen y se “tomassen las manos”, que podía sorprender al lector, se aceptaba, explica Fernández de Oviedo, como cortesía: “E d’esto no es de maravillar porque en aquellas partes oy día se tiene esto por cortesía e assí se haría entonces por essa misma” (XX, p. 54). La explicación ilumina nuestro conocimiento sobre las pautas cortesanas de la Castilla del quinientos.

LA MUJER EN PALACIO: DORENDAINA

Por otra parte, también en *Claribalte* resulta evidente el interés por mostrar el comportamiento cortesano de la mujer. La figura de Dorendaina cobra un protagonismo enorme gracias a su actitud determinada y decidida. En este sentido resulta fundamental la distinción clara que en la obra se hace entre el ámbito público y el privado, con formas de comportamiento tajantemente diferenciadas. En el público domina la cortesía, apoyada en la necesidad de agradar, pero también de no revelar nunca la propia realidad de forma brusca, de mostrar únicamente la máscara social. Sólo en el ámbito privado está permitido despojarse de esa máscara. En el mundo palaciego, en el entorno público de la corte, se ha de mostrar la elegancia y el autocontrol propios de la aristocracia.

Es precisamente en el caso de esta princesa donde mejor se evidencia esa neta separación entre el ámbito público y el privado. Cuanto más público, menor información se ha de dar sobre los sentimientos, mayor necesidad de disimulo (un aspecto fundamental en la cortesanía) para mostrar sólo majestad y reposo. Frente a esto, cuanto más privado sea el entorno (porque hay diversos grados de privacidad o intimidad) mayor

Romero, “‘Buenas dotrinas y enxemplos’. Aspectos sapienciales y didácticos en los libros de caballerías”, *Memorabilia: Boletín de Literatura Sapiencial*, 8 (2004-2005), pp. 1-8. En línea: <http://parnaseo.uva.es>

libertad se tendrá para expresar los propios sentimientos. Efectivamente, el análisis de cómo se comporta Dorendaina en público y lo que piensa en realidad es un magnífico ejemplo de esa dualidad, pues en ocasiones se detectan discordancias entre lo que expresa públicamente y la verdad de sus sentimientos.

Cuando los reyes de Inglaterra proponen el matrimonio a su hija, ella responde de manera impecable, negando su propia voluntad y aceptando de antemano la de sus padres:

Pues en cosa que tanto a vuestras altezas les va, conocido está que muy mejor miraréis tan arduo negocio que sabré yo pensarlo. Este hecho es de calidad que yo no quiero voto ni parescer en él, porque a mi onestidad y a la obediencia que a vuestras altezas se debe y por otras muchas razones que se podríen dezir, mejor me está todo silencio y obedescer en todo lo que de mi vida y persona dispusiéredes que hablar en tal materia (IX, p. 21).

Su actitud sumisa y obediente, el tono sosegado de su respuesta, la aceptación de la voluntad paterna, todo se ajusta a lo que se espera de una doncella de su estado. Se comporta como la hija ideal, con una honestidad a la altura de Laureola, la perfecta dama de la obra de San Pedro, y lejos de doncellas tan rebeldes como las que pueblan los textos amadisianos y palmerianianos.²³ Frente a ellas, Dorendaina sabe responder lo que sus padres quieren oír, como hija perfecta que reconoce todo lo que debe a sus progenitores.²⁴ En definitiva, actúa, tal como indica

²³ Bien distinta es su actitud, por ejemplo, de la de Griana, madre de Palmerín, o de la de Viana, amante de París, en la narración breve, véase José Julio Martín Romero “La honra femenina en la literatura caballerescas”, en Constance Carta, Sarah Finci y Dora Mancheva (eds.), *Antes se agotan la mano y la pluma que su historia. Homenaje a Carlos Alvar, vol. II: Siglos de Oro*, San Millán de la Cogolla: Cilengua, 2016, pp. 1555-1576.

²⁴ “Yo soy la hija que más deve a sus padres de todas las que biven y sé que soy la más amada d’ellos de cuantas nacieron” (IX, p. 21).

Fernández de Oviedo: “con el semblante que las buenas deven responder en tales casos” (IX, p. 21).

Pero esta respuesta no es sino la máscara social, la actitud que se espera de ella. Lo cierto es que en el capítulo anterior se nos había narrado cómo en unas fiestas la princesa no había perdido el tiempo con el caballero para iniciar una conversación más íntima. Aunque el autor se esfuerza por indicar que la conversación se mantuvo “sin ofensa de su onestidad e graveza” (VIII, p. 19), al mismo tiempo se señala el carácter de acercamiento amoroso; de hecho, “tanto cuanto más la plática les duró, tanto más creció el afición e amor para que los desseos del uno y del otro en cogoxa los pusiesse” (VIII, p. 19). Es más, la princesa no duda en admitirlo como su caballero: “hasta agora ningún cavallero de todos los que ay en el mundo se puede llamar mío con mi grado. Y con este quiero que lo seáis vos” (VIII, p. 19).

La diferencia entre la actitud de Dorendaina con el héroe, al que admite como suyo, y la respuesta sumisa y obediente a sus padres resulta evidente. Puede objetarse que en este caso se debe a que los reyes están proponiendo a su hija el matrimonio que precisamente ella desea, pero, en cualquier caso, la actitud de la dama con el caballero demuestra una iniciativa que contradice lo que responde a sus padres.

La misma diferencia se produce de nuevo cuando los reyes de Inglaterra junto con el Gran Sacerdote vuelven a proponer a su hija el matrimonio con Claribalte:

Señores, escusado me parece a mí dar voto en esto ni pedírseme pues ningún efecto se devría tomar en tal caso de lo que yo dixere donde vuestras altezas y señoría reverendíssima y muy ilustre estáis. ¿Qué puedo yo pensar ni hablar que no lo alcancéis y sintáis mejor que yo? (XV, p. 36).

No sólo comienza indicando que considera que ellos son los más indicados para tomar esa decisión, sino que continúa afirmando que siempre se había propuesto aceptar la voluntad paterna sobre su matrimonio: “lo que estonces tenía propuesto es lo que agora tengo de hazer

que será escoger vosotros quién ha de ser mi marido y yo obedecerlo como a tal, aunque fuese el más pequeño siervo del mundo” (XV, p. 36). Esa completa obediencia a sus padres, la aceptación de cualquier hombre como marido, aunque fuera el más bajo, da una imagen de amor filial ejemplar, de hija modélica. Insiste aún más al concluir su parlamento: “Mas para final conclusión digo que yo no quiero ni he de querer que sea sino el que, señores, quisiérades” (XV, p. 37).²⁵

La comparación entre lo que responde a sus padres y la realidad de sus actos no deja lugar a dudas. Admite que le parece bien la propuesta, donde se entrevé algo de esa realidad, pero también ha dejado claro un poco antes que no lo ha contemplado como futuro marido.²⁶ Se trata de una absoluta falsedad: no sólo lo había mirado a ese fin, sino que incluso, como he dicho, ya lo había admitido como caballero. La divergencia entre actitud pública y actitud privada resulta evidente al comparar las palabras que acabamos de citar, en las que ella se muestra dispuesta aceptar cualquier candidato que le propongan sus padres, y lo que había pensado en realidad inmediatamente después de haber aceptado el amor de Claribalte: “Yo me determino que aqueste cavallero sea y no otro. Y si tanto pudiere mi desdicha qu’esta escuse, ninguno terná parte en mi voluntad e persona ni yo seré subjecta a otro varón” (X, p. 22).

Fernández de Oviedo no escatima detalles psicológicos que nos permiten comprender mejor la personalidad de Dorendaina y, a su vez, la importancia de la máscara social, de la cortesía de la que ha de hacer gala una doncella de su linaje. Esos detalles psicológicos nos revelan una mujer determinada y decidida ya desde los primeros encuentros con Cla-

²⁵ Posteriormente, vuelve a repetir la misma idea ante sus padres: “Señores, como otra vez que en esto respondí dixé, yo no he de tener ni querer otra voluntad sino la vuestra. Hazed y ordenad, que mi voluntad es de obedescer vuestro mandamiento aunque este cavallero fuera el más baxo hombre de vuestros reinos” (XXIII, p. 58). Y concluye: “yo quiero lo que vuestras altezas e vuestra señoría quieren” (XXIII, p. 58).

²⁶ “De los que yo he visto hasta oy, el que mejor me ha parecido es” (XV, p. 37); “Yo he mirado en este cavallero con el fin que devía y no con el que le mirara si pensara en esto” (XV, p. 36).

ribalte. Es cierto que reflexiona y muestra una sabiduría que la acerca a otros personajes femeninos caballerescos, pero se aleja de ellos precisamente por saber mantener la representación cortesana mediante un disimulo que ha de entenderse más como etiqueta que como mentira. Ese disimulo se evidencia en la contradicción entre lo que responde a sus padres y sus verdaderos pensamientos.²⁷ Dorendaina habla consigo misma y llega a la conclusión de que ningún otro será su marido, lo contrario de lo que responde a sus padres. Es cierto que la propuesta paterna coincide con sus deseos, pero no es menos cierto que ella está afirmando su total obediencia, la aceptación de cualquier otro hombre y su deseo de no tomar ninguna decisión al respecto dejando esa tarea a sus progenitores; todo ello no es nada más que retórica cortesana que encubre la realidad de su férrea determinación.

Esa realidad aparece ante nuestros ojos en las acciones y palabras de la dama en el ámbito privado, así como en sus reflexiones, que Fernández de Oviedo detalla en ocasiones con minuciosidad; nos cuenta los pensamientos que agitan a la inteligente doncella, cuya mente parece una tormenta de ideas, eso sí, absolutamente sensatas; por un lado analizaba los puntos en contra: dudaba de su propio entendimiento (quizá engañado por su propia afición al apuesto caballero), temía que la propuesta de sus padres fuera una prueba; por otro lado, pensaba en los puntos a favor: el hecho de que el caballero fuera el más indicado para obtener su mano, así como la voluntad de sus padres en casarla y tener sucesión. De nuevo su mente vuelve entonces a las cuestiones en contra: se trataba de un caballero extranjero y se ignoraba su linaje. Su carácter analítico, pero también la angustia de su situación resulta evidente: “A pro y a contra

²⁷ Por cierto que, si en esta ocasión ha aceptado la voluntad de sus progenitores, parece ser que no siempre fue así, ya que se nos indica que la princesa había rechazado ya varios pretendientes, hasta tal punto que su padre se lamentaba de ello: “Veníale a la memoria cuántos reyes y príncipes avía desechado y por esto el rey le avía dicho que quien tan mal se contentava sería peor de casar que de criar” (X, p. 22). Quizá eso explique también que no pueda mostrarse demasiado ansiosa a la hora de aceptar la propuesta de matrimonio, pero el autor detalla también otros motivos.

estuvo toda la noche, trastornando y pensando muchos acuerdos como muger a quien tanto le iva en saber elegir lo mejor” (X, p. 22). La prosa de Fernández de Oviedo en este pasaje resulta especialmente inteligente, con una prosodia que transmite bien esa sensación de mente a punto de estallar dando vueltas de modo incesante a un tema que obsiona.

En otra ocasión, cuando Claribalte le pide su mano, la dama demuestra esa ambigüedad o duda propias de una doncella que ama, pero cuyo estado le impide expresar abiertamente sus deseos. Esa disyuntiva se rompe cuando, tras responder lo esperable de su estado, da rienda suelta la expresión de sus sentimientos:

En lo demás, que es requerirme que con vós me case, yo os quiero dezir lo que en esto passa. Mis días y vergüenza me requieren que sin respuesta os dexé. Y por otra parte no sé en qué manos caería si a vos os perdiésse, pues no puedo negar que os amo (XVI, p. 41).

Ese triunfo del sentimiento es inmediatamente justificado por la dama, que pide a su caballero que no la considere demasiado desenvuelta —aunque, admite, pueda haber razones para ello—, porque sus padres ya le habían propuesto su matrimonio con él e incluso la habían apremiado.²⁸

La actitud de la dama puede resultar extraña, por un lado, pide a sus padres más tiempo antes de aceptar un matrimonio con un caballero al que quiere como marido. Por otra parte, para cuando sus padres vuelven a insistirle, ella tampoco muestra un excesivo entusiasmo (es decir, actúa de forma adecuada atendiendo a su estado), y eso que para ese momento ya ha tenido diversas entrevistas amorosas con Claribalte. En todo ello revela siempre una enorme prudencia con la que controla las emociones y los sentimientos que, como joven enamorada, tiene a flor de piel.

²⁸ “Mis padres me ha hablado dos vezes en esto porque ellos quieren que casés comigo [...]. Y me han apretado que les diga si soy contenta d’esto” (XVI, p. 41).

Esa cautela se evidencia no sólo en la forma como impide que sus padres conozcan sus verdaderos sentimientos, sino también cómo, antes de confiarle a Fulgencia que está enamorada, tantea lo que esta piensa en relación a Claribalte. Ciertamente es que le pregunta su opinión sobre el caballero como futuro marido, pero no será hasta que Fulgencia exprese que lo considera el candidato ideal cuando Dorendaina le confiese abiertamente su amor: “Ninguna persona de cuantos cavalleros hasta oy vi me pareció bien para dessearle sino este. Yo tengo creído que es aquel que desde mi nascimiento me tiene Dios prometido y yo le miro como a espejo y norte para mi ventura” (XII, p. 25).²⁹ De nuevo la enamorada princesa logra controlar sus emociones para no tomar una decisión apresurada e incluso duda de su propia opinión al saberse condicionada por su amor. Con esta confesión, la doncella incluye a Fulgencia en su ámbito privado, un ámbito constituido por aquellos que conocen sus sentimientos. Dorendaina abandona en estas palabras la máscara social de la que hace gala ante sus padres y, en general, en el ámbito público, para dar rienda suelta a sus emociones; de hecho, mientras habla no para de llorar.³⁰

La imagen de Dorendaina es doble, por un lado, se presenta con el disfraz cortés (obediente, sumisa a sus padres y honesta hasta el punto de no mirar caballero alguno como hombre), y, por otra parte, conocemos su realidad íntima (decidida, determinada y analítica). La princesa sabe conjugar el saber estar cortesano y la consecución de sus deseos. Aunque esos deseos aparecen siempre como honestos y sensatos, también resulta evidente la fachada cortés, palaciega con la que oculta su realidad.

Las reacciones psicológicas son descritas y nos revelan lo que de verdad esconde ese disfraz cortesano siempre políticamente correcto. Ovie-

²⁹ Ciertamente es que lo condiciona al deseo paterno (“si esta ha de ser que mis padres estén en esto como yo”, XII, p. 25), hecho que, por otra parte, sabe ya que es así, aunque vuelve a decir que quiere tener más tiempo para recabar información sobre él.

³⁰ “Estas palabras no pudieron salir del corazón tan enxutas que no dexassen los ojos arrasados de agua a la princesa” (XII, p. 25).

do se esfuerza por indicar la prudencia y cautela de Dorendaina, que sabe disimular ante sus padres, que tantea a Fulgencia antes de descubrirle su amor y que es capaz de disfrazarse para ser testigo directo de las palabras de Claribalte en su conversación con Fulgencia.

Esta divergencia entre el comportamiento y palabras en el ámbito público y la realidad privada o íntima nos ha de hacer reflexionar a la hora de interpretar las palabras de los personajes de libros de caballerías (y en general en la ficción medieval y áurea) en el ámbito público, especialmente en contextos palaciegos y cortesanos. Se nos obliga a leer entre líneas, a interpretar como palabras de disimulo —cuando no como mentiras— las expresiones y afirmaciones en estos círculos palatinos.

LAS BODAS DE CLARIBALTE

Todo esto evidencia que en *Claribalte* se concedía una enorme importancia a la diferencia entre lo público y lo privado, entre la imagen que se había de dar en el escenario social y la realidad de los sentimientos íntimos.

Esa divergencia también sirve para señalar la acción protocolaria y ceremonial, frente a la cotidiana. Así, por ejemplo, se nos dice que, cuando Claribalte decide regresar a Albania para participar en unos torneos, se despidió secretamente de sus suegros y de su mujer, para hacerlo poco después del Gran Sacerdote y su amigo el Caballero de Escocia. En esas circunstancias todos los presentes muestran sin tapujos sus emociones y se dejan llevar por la tristeza que les causa esa separación. Pueden hacerlo sin sentirse constreñidos por la ceremonia. El protagonista indica de forma expresa que al día siguiente procederá a la despedida oficial: “Mañana me entiendo despedir públicamente del rey e la reina e de mi señora la princesa e de Vuestra Señoría y toda la corte” (XXVIII, p. 65). Esa despedida pública con carácter oficial (ante “toda la corte”) se presenta como algo distinto de la despedida privada en el capítulo anterior. Ese momento ejemplifica perfectamente la diferencia entre el comportamiento pri-

vado y el público: nos encontramos con la misma acción, la despedida, realizada primero sin testigos y sin ceremonias cortesanas y luego con la etiqueta y la ceremonia esperada. Las reacciones de dolor y tristeza en el entorno privado aparecen controladas en el ámbito público; si en la intimidad “las lágrimas de la princesa fueron tantas que ninguna persona pudiera verla sin hazer lo mismo” (XXVII, p. 64), ante los súbditos no se dan esas muestras de dolor. Esa distinción de ámbitos explica la obsesión por los problemas derivados de hacer públicas determinadas circunstancias (como el embarazo de la dama). En ese sentido, incluso la aparición —en ocasiones casi obsesiva— de palabras derivadas de “público” no parece casual: “E la princesa hazía muchas pesquisas e diligencias por muchas vías por saber del cavallero, porque públicamente no ossava” (LXI, p. 114); “vinose a saber e dezir públicamente que estava preñada (LXI, p. 115)”; “la donzella hija del rey que se hallava preñada, si fuesse heredera del reino e no se conociesse su marido e públicamente no fuesse desposada, la tenían por aleve” (LXII, p. 115); “acusaron públicamente a la princesa como a alevosa” (LXII, p. 116); “aunque era ya público el parto e pública la desculpa de la princesa” (LXII, p. 117).

Si la aparición de lo secreto es muy frecuente en el texto, también lo son los términos que indican lo público. En apenas unas páginas se agolpan las palabras de esta familia léxica; puede pensarse que tiene sentido en tanto que se trata del momento en que la vida corre peligro a causa de la ley de Escocia.³¹ Pero lo cierto es que ni el adjetivo “público” ni el adverbio “públicamente” se aplican al mismo hecho: se ha de notar que en ocasiones se habla del matrimonio, otras de la acusación, otras de la disculpa, otras del parto, etc. Es decir, se trata de diversas realidades cuyo carácter público (o la ausencia de dicho carácter) tiene unas determinadas consecuencias que de otra manera no se producirían.

Merrim indicó la enorme cantidad de momentos en que las acciones se realizan de forma secreta, y lo interpretó únicamente como resul-

³¹ María José Rodilla León, “Códigos éticos y legales en *Claribalte*”, art. cit., pp. 165-180.

tado de un hecho narrativo: el deseo de ofrecer la información al lector a un ritmo distinto frente a los personajes.³² De esa manera, el lector conoce datos que los personajes desconocen. No quiero restarle importancia a la explicación narrativa, evidente en la ocultación de la identidad, el matrimonio secreto y otros momentos, que propician el suspense y crean situaciones de conflicto. Pero en mi opinión no se trata de crear una diferencia entre lo que el lector sabe y lo que no conoce aún el resto de personajes, sino de resaltar la diferencia entre el ámbito público y el entorno privado.

Esa distinción explica una de las líneas argumentales del libro, la del matrimonio de los protagonistas. Esa línea se ve precisamente condicionada por la tensión entre lo público y lo privado, que explica esa multiplicación de bodas entre el héroe y su amada.

Fernández de Oviedo parece presentar en su *Claribalte* la versión moralmente adecuada de la tradición caballerescas. De alguna manera, frente a la tradición de los amores clandestinos y, por tanto, reprobables en la mentalidad de esos años, ofrece una peculiaridad, una situación absolutamente intachable, si bien, para satisfacer de alguna manera esa tradición, en circunstancias que obligan a mantener ese matrimonio oculto.³³

En mi opinión, únicamente el primero de los matrimonios puede considerarse secreto, el segundo de ellos es un matrimonio oficial realizado sin ceremonia ante toda la corte. Esa necesidad de cierto secreto se debe a que *Claribalte* no quiere que trascienda antes de comunicárselo a sus progenitores y por el hecho de que se le había propuesto otro enla-

³² Merrim, art. cit., p. 341.

³³ Coincido con Río Noguera, que afirma que en *Claribalte* se evidencia: “ese difícil compromiso establecido entre las concepciones amorosas cortesas —tributo literario a una tradición con solera— y la preocupación más prosaica por los entresijos legales del matrimonio” (“Amor, matrimonio secreto y libros de caballerías. El sinuoso camino de Don Claribalte para llegar ante la faz de la Iglesia”, en José Manuel Lucía Megías (ed.), *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Alcalá de Henares, 12-16 de septiembre de 1995)*, Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 1997, t. 2, p. 1263).

ce.³⁴ Si se tiene en cuenta que este segundo matrimonio es oficial, el resultado (el embarazo de la dama) no será punible. En ningún caso se podrá culpar a la princesa, que está legalmente casada. Resulta claro que Fernández de Oviedo desea mantener a Dorendaina en el ámbito de la heroína perfecta e inmaculada, frente a personajes como la Oriana amadisiana. Los problemas no surgen porque se trate de un matrimonio secreto, sino porque ese matrimonio se ha realizado sin comunicación al resto de la corte, es decir, no se ha procedido con la ceremonia propia del ámbito más público. De hecho, el tercero de los matrimonios, el que se celebrará en ese ámbito, con fiestas y torneos, es precisamente el redundante, una ceremonia realizada —así lo dice expresamente el autor— para satisfacer a todos los súbditos, pero no porque no se hubiera celebrado ya un matrimonio oficial, ya que, aunque dice que “las bodas públicas estaban por hazer” (LXXII, p. 125), inmediatamente corrige: “aunque público era ser desposados en presencia del rey e de la reina, e por mano del Gran Sacerdote” (LXXII, p. 125); la única razón, por tanto, por la que se celebrarán esos terceros desposorios será solo “por satisfacer al reino y al vulgo” (LXXII, p. 125). Por otra parte, el autor no tiene más remedio que considerar el segundo de ellos público, pues de otra manera la princesa no sería inocente (hubiera sido culpable si “públicamente no fuesse desposada”, LXII, p. 115). En definitiva, cada uno de los tres matrimonios de Claribalte y Dorendaina determina una gradación de ámbitos, de mayor a menor privacidad, o de menor a mayor carácter público.

La experiencia vital en palacio hubo de marcar la forma de entender el protocolo por parte de Fernández de Oviedo, que supo plasmar la importancia del comportamiento público (como opuesto a la realidad íntima) en su libro, y que indicaba como un valor en alza el saber estar, el conocimiento de la etiqueta y la importancia de las pautas de conducta palaciegas. Por ello, Fernández de Oviedo ofrece en su libro mucho

³⁴ Río Nogueras indicó que teme el “desafillamiento”, esto es, la ruptura del vínculo legal entre los progenitores y su hijo (*ibid.*, p. 1267).

más que un tratado de etiqueta, pues contiene todo un tratado de cortesanía, al tiempo que un aviso contra los peligros palaciegos. En definitiva, el *Claribalte* contiene toda una casuística de acontecimientos a los que un noble se puede enfrentar y se convierte así en una especie de suma del saber cortesano.